

Un deseo

Mientras los chicos, chillando alegres, destrozaban la cama elástica, el fútbol y el castillo inflable del salón de fiestas, los grandes se daban a engullir la mesa dulce.

—Exquisitos los eclairs, querida —le decía la abuela a la mamá de Laura, la cumpleañera.

—Los hice para Lau: son sus preferidos.

—Qué raro que haya pedido una fiesta, ¿no? —La abuela señaló con un gesto a Laura, a los saltos en la cama elástica—. Tan seriecita que es ella.

—En realidad —dijo la mamá de Laura, en tono de confidencia— lo de la fiesta fue idea mía. Ella no quería invitados.

—Ay, esa Laurita.

—Pero yo la convencí: le prometí la mejor fiesta del mundo. Quiero que disfrute. Últimamente andaba muy callada. Y no me gusta verla triste.

—Cosas de la edad, querida. ¿Cuántos cumple?

—Doce años, ma. Ya te olvidaste.

—Es que cómo vuela el tiempo. Si ya es una señorita.

—De dónde sacan energía estos pibes —dijo el papá de Laura, y, resoplando, se derrumbó en una silla—. En cualquier momento se me desnuca alguno. —Le dio un trago al vaso de su mujer—. Los podés cuidar un poco, amor.

—Que ya te cansaste —dijo el tío Lalo, y le palmeó el hombro—. Tranquilo, yo me ocupo.

Típico de él: el tío Lalo mostraba un carisma especial para animar las fiestas. Y aunque aquella tarde no traía su disfraz de payaso, en cinco minutos pudo reunir a los diablitos y les explicó las reglas de la Búsqueda del Tesoro:

—... y el que encuentre el tesoro, se lleva el premio. Comenzando... ¡YA!

Los chicos salieron disparados a escudriñar cada esquina del alquilado salón.

Pronto Laurita se separó del enjambre de buscadores. Bajo la claridad que proyectaban las dicroicas, brillaba en la palma de su mano una pulsera dorada, con una piedra engarzada en el centro.

Laurita vio al tío Lalo abrirse paso entre la marea de chicos

(así que la encontraste)

y ya se guardaba la pulsera en el bolsillo,

(adónde ibas, Laurita)

dispuesta a seguir con sus juegos,

(no vas a darme las gracias)

cuando él la rodeó en un suave abrazo.

—Para mi sobrina preferida —dijo, y le prendió la pulsera—. Es una adularia: una piedra de luna.

—Una piedra de luna.

Y el buen tío Lalo, acariciándola y pegándole los labios al oído, le susurró:

—Dicen que tiene... un poder muy especial... el poder de cumplir los deseos.

—El poder de cumplir los deseos —repitió Laurita, absorta ahora en la pulsera.

—¿No te gusta, Lauri?

—Y, la verdad... —Pero Laurita no terminó la frase. Con la cara iluminada dijo—: Sí, tío. Me gusta. Me encanta.

—¡A comer la tortaaa! —La mamá de Laurita salía de la cocina, cargando una enorme torre de chocolate.

Los invitados se amucharon junto a la cumpleañera, quien se paró sobre una silla frente a esa montaña dulce coronada de doce velitas.

Nadie tuvo que obligarla a hacerlo. A aquel trono, la reina de la fiesta se subió sola.

—¿Estamos todos? —El papá de Laurita echó una mirada al grupo, prendió las velas, y le dijo a ella—: Bueno, pedí un deseo. Un, dos, tres...

Laurita cerró los ojos.

Sentía el roce

(el poder de cumplir los deseos)

de la piedra en la piel.

¿Sería verdad?

Y le llegaron imágenes, recuerdos de la casa

(mi sobrina preferida)

del tío en la playa, el tacto frío de la piedra

(un secreto es un secreto)

los trucos de magia

(a nadie)

las caricias del tío aquella noche de verano

(un secreto, Laurita, a nadie).

Y el dolor que la consumía desde entonces.

Laurita notó cómo la adularia ahora le ardía en la muñeca.

Sopló. Y sacó afuera su deseo, desprendido desde el fondo del alma, convertido en un pensamiento bien preciso.

Porque ella sabía muy bien lo que quería.

Y, cuando abrió los ojos, a través del humo de las velitas, vio por fin, entre el alboroto de sillas caídas y gente corriendo, al tío Lalo ahí en el piso: duro como una piedra.